

¿SOMOS COMPASIVOS O CRUELES?

La voluntad de Dios es que seamos compasivos y misericordiosos. Dios llama felices a los misericordiosos: Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia, (Mt. 5: 7).

Pero corremos el riesgo de ser cumplidores y puntuales como el sacerdote o el levita, del relato sobre el buen samaritano y también sin compasión como ellos, (Lc. 10:25-37). Los samaritanos eran paganos. Pagano es alguien que no es cristiano ni pertenece a ninguna de las principales religiones. Sin embargo el samaritano se conmovió ante el dolor del hermano atacado por los ladrones, herido y abandonado medio muerto, junto al camino.

Pero, nosotros, a pesar de ser cristianos, solemos ser muy duros de corazón, indiferentes, crueles, criticones y burlones.

Puede suceder que mientras la familia se encuentra bien, los hijos no son rebeldes, concurren al templo con los padres, no salen solos de noche, estudian bien, están todos sanos, hay trabajo – la familia puede llenarse de orgullo, soberbia, considerándose perfecta, mejor que las otras, ser muy duros, crueles, hasta burlones ante el dolor ajeno, ante los problemas y desgracias que aquejan a los demás.

Criticamos, nos burlamos, murmuramos si en una familia el padre o un hijo/a es alcohólico, hay alguien con problemas mentales, uno de los esposos es infiel, un hijo es discapacitado, drogadicto, gay, ladrón o vago, se concubina o se divorcia, una hija se embaraza de soltera o se casa con alguno de una clase social considerada inferior por nosotros, alguien pierde el trabajo o fracasa en la vida profesional.

Por lo general tenemos la solución a los problemas de los demás, el remedio perfecto, juzgamos y acusamos a los que fracasaron de no saber ser padres o hijos,, de ser perezosos, de no tener autoridad o no saber administrar.

Sin embargo Cristo nos enseña que no debemos juzgar ni condenar, sino comprender y ser compasivos con el prójimo: "No juzguen, para no ser juzgados. Porque con el criterio con que ustedes juzguen se los juzgará, y la medida con que midan se usará para ustedes. ¿Por qué te fijas en la paja que está en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: 'Deja que te saque la paja de tu ojo', si hay una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano", (Mt. 7:1-5).

Hay una justicia divina, un autoequilibrio y, por lo general, a los que más critican, se burlan o señalan con el dedo los errores o los fracasos de los demás, con el correr del tiempo, les sucede eso mismo o peor. Entonces la solución perfecta y, el remedio que recetaban a los demás, a ellos no les sirve. Es muy distinto cuando el dolor golpea ya no en la puerta del vecino sino en la nuestra. San Pablo, gran conocedor del corazón humano dice: "el que se cree muy seguro, ¡cuídese de no caer!" (1Cor. 10:12). "cada uno de nosotros tendrá que rendir cuenta de sí mismo a

Dios. Dejemos entonces de juzgarnos mutuamente; traten más bien de no poner delante de su hermano nada que lo haga tropezar o caer". (Rom. 14:12-13).

En el camino de la vida recibimos golpes, a veces muy duros: fracasos, enfermedades graves o incurables, injusticias, murmuraciones, difamaciones, calumnias, odios, resentimientos, falta de perdón, envidias, vicios, defectos arraigados, muertes prematuras de familiares o amigos, viudez, accidentes, desastres naturales, etc; todos hechos que nos infligen heridas profundas, inclusive a veces nos dejan medio muertos a la vera del camino de la vida, sin fuerzas para seguir luchando, caminando o para empezar de nuevo.

Dios quiere que seamos compasivos, comprensivos y misericordiosos ante el dolor del prójimo. No se trata de justificar el pecado en sí mismo, sino vendar las heridas del pecador, un hijo de Dios y hermano nuestro, herido por el pecado y los vaivenes de la vida.

Debemos cuidarnos de la soberbia, de alegrarnos del mal ajeno, de considerarnos mejores de aquellos que cayeron. Al contrario debemos vendar las heridas del prójimo con comprensión, ungir con oraciones y palabras de aliento, mantener un silencio sagrado ante el dolor del hermano herido, no difundirlo y exponerlo a la burla y al tribunal inexorable de la sociedad.

Debemos actuar como el buen samaritano, que cargó al herido sobre su montura y lo llevó al albergue, debemos levantar a nuestro prójimo que sufre y llevarlo a Cristo, para que lo consuele y lo sane. Podríamos parafrasear las palabras de Cristo de la siguiente manera: "Traigan a mí a todos los que están afligidos y agobiados, fracasados y enfermos, traicionados y defraudados, víctimas de las injusticias o de las calumnias, viciosos y descarriados y yo los aliviaré. Carguen el sufrimiento de vuestros hermanos y tráiganmelos a mí, y yo los sanaré y les perdonaré", (Mt. 11:28-29).

Pbro. Dr. José Hazuda